

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE GÁLATAS

### **La filiación: el enfoque central de la economía de Dios (Mensaje 8)**

Lectura bíblica: Gá. 3:26-28; 4:4-7, 19

- I. La economía eterna de Dios consiste en que Él mismo se imparta en Sus escogidos para hacer de ellos Sus hijos y obtener así una expresión corporativa; la filiación es el enfoque central de la economía de Dios—Gá. 4:4-7:
  - A. Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos, predestinándonos para filiación—Ef. 1:4-5:
    1. Dios nos escogió para que fuésemos santos con el propósito de que llegásemos a ser hijos de Dios y así participásemos en la filiación divina.
    2. El ser hechos santos —ser santificados por Dios al infundirse Él en nosotros y al mezclar Su naturaleza con nosotros— es el proceso, el procedimiento, mientras que ser hijos de Dios es el objetivo, la meta, y tiene que ver con que seamos unidos al Hijo de Dios y conformados a la imagen misma del Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:29; Col. 1:15.
  - B. La santificación tiene como objetivo la filiación; el que Dios nos santifique equivale a que introduzca todo nuestro ser en la filiación, a fin de hacernos hijos de Dios en plenitud—He. 2:10-11; 1 Ts. 5:23:
    1. El aspecto regenerador de la santificación se lleva a cabo en nuestro espíritu y produce muchos hijos de Dios para formar un organismo que expresa a Dios corporativamente; este organismo es el Cuerpo orgánico de Cristo, la iglesia—Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4; Gá. 3:26.
    2. El aspecto transformador de la santificación se lleva a cabo en nuestra alma y transforma a los creyentes

regenerados al renovarlos y conformarlos a la gloriosa imagen de Cristo, para que ellos lleguen a ser una valiosa heredad, un tesoro para Dios, que es Su posesión personal—Ro. 12:2; 2 Co. 3:18; Ro. 8:29; Ef. 1:11, 14, 18.

3. El aspecto consumidor de la santificación se lleva a cabo en nuestro cuerpo y transfigura el cuerpo vil de los creyentes al redimirlo e introducirlo en la gloria de Dios, para que ellos lleguen a ser plena y totalmente santificados en espíritu, alma y cuerpo, a fin de constituir una entidad corporativa y consumada compuesta de los muchos hijos de Dios, los cuales han madurado en el Dios Triuno procesado, quien es su vida, a fin de que ellos sean la expresión de Dios, la Nueva Jerusalén, por la eternidad—Fil. 3:21; Ro. 8:23; Ap. 21:2, 7.

C. Somos hijos de Dios porque creímos y fuimos bautizados en Cristo, o sea, fuimos revestidos de Él, y, como resultado, todos somos uno en Cristo; esto es lo que significa entrar en Cristo, expresarle al vivirle a Él y practicar la vida de iglesia como el nuevo hombre, en la realidad de la filiación divina—Gá. 3:26-28.

II. La redención jurídica que Cristo realizó nos traslada de la custodia de la ley a la filiación de Dios, a fin de que disfrutemos de Su salvación orgánica, esto es, del proceso mediante el cual somos hechos hijos divinos; la meta de la obra redentora de Cristo es la filiación—4:4-6; Ro. 5:10:

- A. Dios “envió a Su Hijo” para que nos redimiera jurídicamente, y envió el “Espíritu de Su Hijo” para que nos salvara orgánicamente—Gá. 4:4, 6; 3:13-14:
  1. Dios envió a Su Hijo, quien nació bajo la ley, a fin de redimir a los escogidos de Dios de la custodia de la ley, para que recibieran la filiación y llegaran a ser hijos de Dios—vs. 23-24; 4:4-5.
  2. Dios envió el Espíritu de Su Hijo, el Espíritu de vida (Ro. 8:2), para impartirnos Su vida junto con Su naturaleza, a fin de que llegásemos a ser hijos Suyos en realidad (Gá. 4:6; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4).
  3. El Espíritu del Hijo es otra forma del Hijo; al morir en la

cruz, Él era Cristo, pero al entrar en nosotros, Él es el Espíritu—Jn. 1:14; 1 Co. 15:45.

- B. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba Padre!”—Gá. 4:6:
  1. *Abba* es una palabra aramea, y *Padre* es la traducción de la palabra griega *Patér*; la combinación del título arameo con el título griego expresa un afecto muy intenso cada vez que clamamos al Padre, lo cual implica una íntima relación en la esfera de vida entre un hijo verdadero y el padre que lo engendró—Mr. 14:36; He. 5:7; Lm. 3:55-56; cfr. Lc. 15:1, 20-24.
  2. El Espíritu del Hijo de Dios fue enviado a nuestros corazones; de hecho, fue en nuestro espíritu donde entró el Espíritu de Dios en el momento de nuestra regeneración (Jn. 3:6; Ro. 8:16), ya que nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón (1 P. 3:4).
  3. Por una parte, nosotros, quienes hemos recibido un espíritu filial, clamamos en este espíritu: “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15); por otra, el Espíritu del Hijo de Dios clama en nuestro corazón: “¡Abba, Padre!” (Gá. 4:6).
  4. Esto indica que nuestro espíritu regenerado y el Espíritu de Dios están mezclados como una sola entidad (1 Co. 6:17), y que nuestro espíritu está en nuestro corazón.
  5. También indica que la filiación divina viene a ser real para nosotros por medio de lo que experimentamos subjetivamente en lo profundo de nuestro ser—cfr. Mt. 5:3, 8.
  6. Cuanto más clamamos: “¡Abba, Padre!”, en el espíritu, más crece en nuestro corazón el dulce e íntimo afecto que sentimos por el Padre.
  7. Cuando clamamos: “¡Abba, Padre!”, el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y de que, como tales, poseemos Su vida; tal testimonio también nos limita y nos restringe a vivir y andar según la vida de Dios, en conformidad con el hecho de que somos hijos de Dios—Ro. 8:15-16.
- C. Puesto que somos hijos de Dios, somos también herederos que cumplen los requisitos para heredar los bienes del Padre,

todas las riquezas que Él es para nosotros, por la eternidad—4:13-14; 8:17; Gá. 3:29; Tit. 3:7.

- III. La predicación de Pablo tenía como fin producir en los creyentes a Cristo, el Hijo del Dios viviente; Pablo sufría dolores de parto para que Cristo fuese formado en ellos y ellos llegasen a la plena filiación—Gá. 4:19; cfr. 1:15-16; 2:20:
- A. Si Cristo ha de ser formado en nosotros, debemos permitir que el Espíritu todo-inclusivo —quien es la bendición misma del evangelio—, se establezca en cada parte de nuestro ser interior, hasta que Cristo haya crecido plenamente en nosotros—3:14; Col. 2:19; Ef. 4:15-16.
  - B. Es necesario que Cristo sea formado en nosotros para que podamos llegar a ser hijos mayores de edad y herederos de la bendición prometida por Dios, y para que maduremos en la filiación divina—He. 6:1a.
  - C. Cristo es formado en nosotros con miras a que se edifique el Cuerpo de Cristo, lo cual culminará en la Nueva Jerusalén, la totalidad de la filiación divina, a fin de que se produzca la expresión corporativa del Dios Triuno—2:10; Ap. 21:7, 10-11.

## MENSAJE OCHO

### LA FILIACIÓN: EL ENFOQUE CENTRAL DE LA ECONOMÍA DE DIOS

Oración: Señor, de nuevo deseamos abrir nuestro ser a Ti. Señor, te damos gracias por estos mensajes. Señor, te pedimos que estés de nuevo con nosotros. Señor, bendice todo lo que se ha de impartir en estos mensajes. Señor, háblanos una y otra vez. Gracias, Señor, por llevar a cabo Tu recobro por medio de Tu hablar, mediante Tu palabra. Señor, de nuevo oramos pidiéndote que liberes Tu palabra. Oh, Señor, ilumínanos, e incluso haz algo con nosotros. Señor, durante este tiempo, gánanos. Bendice Tu recobro una y otra vez, cada vez más. Señor, haz Tu voluntad en la tierra. Señor, gana un pueblo que se levante para llevar a cabo Tu economía divina. Gracias, Señor, por habernos traído hasta este punto. Gracias que estamos en Tu recobro. Te amamos, te agradecemos, y nos entregamos a Ti de nuevo. Amén.

El título de este mensaje es: “La filiación: el enfoque central de la economía de Dios”. En este mensaje llegamos a un asunto de suma importancia. En el primer mensaje abarcamos algunos asuntos relacionados con el enfoque central de la revelación divina contenida en el libro de Gálatas. Ahora llegamos al enfoque central de la economía de Dios: la filiación. Conforme a lo que se ha expuesto previamente, el enfoque central es el punto en el cual convergen o divergen los rayos de la luz. Al proyectarse estos rayos, convergen en un punto central, a partir del cual también se diseminan y divergen. También, podemos decir que un enfoque central es el centro de actividades, de atracción o de atención, y también que es el punto de concentración. Otra definición sería que éste es el meollo de cierto asunto, o el eje, tal como el eje de una rueda. Esto trata de un asunto de suma importancia.

En los siete mensajes anteriores, el Señor nos reveló varios puntos considerablemente estratégicos. Dichos puntos convergen en este mensaje, es decir, todos los demás puntos giren en torno a éste. Todos los demás puntos son necesarios, y en ellos el Señor quiere que nos profundicemos, pero, debemos entender que todos estos puntos convergen en el tema de la filiación. Los cuatro mensajes subsiguientes divergen o

emergen de este mismo mensaje. Por tanto, la filiación es el tema más crucial en la economía de Dios. Es el tema por excelencia; es la economía y operación de Dios, es lo que Dios está haciendo en el universo.

Dios, en la eternidad pasada y según Su presciencia, predestinó a ciertas personas para que fuesen Sus hijos, o sea, para filiación. Nosotros fuimos escogidos desde antes de la fundación del mundo, antes de que el Señor llevara a cabo Su economía. No sólo eso, sino que también fuimos predestinados para filiación. Efesios 1:4 dice que “nos escogió ... predestinándonos para filiación”. La elección de Dios trajo consigo Su predestinación. El Señor nos conoció de antemano; y, en 1 Pedro 1:2 dice que Él nos eligió según Su presciencia. No fuimos seleccionados al azar; más bien, el Señor nos eligió según Su presciencia, y en esa elección vemos que Él nos predestinó. Su predestinación fue *para* la filiación, o en otras palabras, fue *por causa de* dicha filiación. La predestinación que hace Dios el Padre tiene como objetivo la filiación.

Como introducción al tema de la filiación, citaremos algunos versículos del Nuevo Testamento que están relacionados a este tema. Efesios 1:4-5 dice: “Según nos escogió en El antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de El en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad”. Aquí dice que Él nos predestinó para filiación. Juan 1:12 dice: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Esta fue la primera experiencia que tuvimos de Cristo. Le recibimos a Él, y al recibirle, se nos dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Gálatas 3:26 dice: “Pues todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús”. Le recibimos a Él porque habíamos creído en Él. Juan 1:13 añade: “Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. Nosotros fuimos engendrados, es decir, nacimos de Dios y llegamos a ser Sus hijos debido a que nacimos de nuevo. En Juan 3:3 y 5 el Señor habla de que hemos nacido de nuevo. Nacimos de nuestros padres y recibimos de ellos la vida física, pero es necesario que nazcamos de nuevo, o sea, que nazcamos de Dios. El versículo 6 dice: “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Nuestro renacimiento en la filiación divina fue inicialmente el renacimiento de nuestro espíritu humano. Nacimos de nuevo, nacimos de Dios, en nuestro espíritu humano. No sólo nacimos físicamente, sino que en nuestro espíritu hemos nacido de Dios. No sólo hemos nacido de Dios en nuestro espíritu, sino que según

1 Corintios 6:17, “el que se une al Señor es un solo espíritu con El”. Nacimos de Dios en nuestro espíritu, y llegamos a ser un solo espíritu con Él. Romanos 8:16 explica que “el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”. Esto no quiere decir que Dios el Espíritu da testimonio separadamente de nuestro espíritu, sino que ambos espíritus, habiéndose unido, juntamente dan testimonio de que somos hijos de Dios. El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. En 2 Timoteo 4:22 se dice que el Señor está con nuestro espíritu. Hemos sido unidos a Dios, al Espíritu y a Cristo en nuestro espíritu humano. Romanos 8:15 nos dice que hemos recibido un espíritu filial. Debido a que nuestro espíritu ha nacido de nuevo, debido a que está unido al Espíritu y a que ha llegado a ser un espíritu con Dios, ahora es un espíritu filial. Tenemos un espíritu de filiación.

Nuestro espíritu es la parte más profunda de nuestro ser tripartito. En 1 Tesalonicenses 5:23 se dice claramente que somos seres tripartitos, que tenemos espíritu, alma y cuerpo. La parte más profunda es nuestro espíritu, en el medio está nuestra alma, y el cuerpo es nuestra parte externa. Somos seres tripartitos. Fue en nuestro espíritu —el centro mismo de nuestro ser— que nacimos de nuevo y recibimos un espíritu filial el día que fuimos regenerados. Romanos 8:14 dice: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. Todo creyente, por ser hijo de Dios, ha tenido la experiencia de ser guiado por el Espíritu de Dios.

Gálatas 4:5 dice: “Para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la filiación”. Este versículo muestra que el fin de nuestra redención era que recibiéramos la filiación. El versículo 6 agrega: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”. Todos debemos valorar esta frase: “...por cuanto sois hijos”. Hemos sido introducidos en la filiación divina. No somos hijos de Dios por adopción. Uno de los subtítulos de nuestro himnario es: “La adopción”, pero, en realidad, en el Nuevo Testamento no existe tal cosa como la adopción, en la manera en que comúnmente es interpretada. No hemos sido meramente adoptados, antes bien, hemos nacido de Dios. Somos los hijos de Dios. Poseemos Su vida y Su naturaleza y estamos llegando a ser Su expresión gloriosa. Somos hijos de Dios.

Cierta vez en Dallas, cuando recién yo había llegado al recobro, una señora, quien se consideraba a sí misma una especialista en la

enseñanza de la adopción, llegó a nuestra reunión. Puesto que ella era un poco mayor que nosotros, se tomó la libertad de tratar de enseñarnos algo. Ella se tenía a sí misma en muy alta estima, y debía de haber pensado que nos estaba impartiendo una gran enseñanza acerca de la adopción. Pero la enseñanza en cuanto a la adopción es errónea. No somos hijos adoptivos; más bien somos hijos por nacimiento, somos hijos engendrados por Dios. Esta es nuestra verdadera condición. El versículo 7 dice: “Así que ya no eres esclavo sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios”. Nuestro destino no se limita a ser hijos; antes bien, un día seremos hijos de Dios en plenitud. Seremos hijos maduros de Dios. Este Espíritu que ha sido unido a nuestro espíritu se extenderá a nuestra alma, y finalmente a nuestro cuerpo. Esto nos introducirá en la plena madurez. En ese tiempo, no seremos tan sólo hijos de Dios, sino también herederos de Dios. Esta es la economía eterna de Dios.

Hebreos 2:10 dice que Dios está llevando muchos hijos a la gloria. Nuestro destino es la gloria. El Señor nos está guiando a todos nosotros a la gloria. En Juan 20:17, después de que el Señor fuera crucificado y resucitado, y antes de Su ascensión, le dijo a María: “Ve a Mis hermanos”. Él pudo decir esto porque fue mediante Su resurrección que todos nosotros nacimos de Dios. Todos los que fueron predestinados por Dios llegaron a ser hermanos de Cristo en Su resurrección. Romanos 8:29 sigue esta línea: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que El sea el Primogénito entre muchos hermanos”. Como Hijo primogénito de Dios, Él es nuestro hermano mayor, y nosotros somos Sus muchos hermanos.

Romanos 8:19 dice: “Porque la creación observa ansiosamente, aguardando con anhelo la manifestación de los hijos de Dios”. Cuando la gente nos ve en la calle hoy en día, no reconoce que somos hijos de Dios. Externamente tal vez seamos iguales a ellos, pero interiormente somos hijos de Dios, y un día seremos manifestados como tales. Toda la creación está aguardando ansiosamente la manifestación de los hijos de Dios. Toda la creación está en espera, y en el momento indicado será revelado lo que realmente somos, lo cual será la manifestación de los hijos de Dios. En ese día será manifestado que somos los hijos de Dios. El versículo 23 añade que “nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, aguardando con anhelo la plena filiación, la redención de nuestro cuerpo”. Esta es nuestra situación, y cuando sea el tiempo,

seremos manifestados como hijos de Dios, incluso ante el universo entero.

Apocalipsis 21:7 dice: “El que venza heredará estas cosas, y Yo seré su Dios, y él será Mi hijo”. La Nueva Jerusalén es la totalidad, la corporificación plena de todos los hijos de Dios. Por la eternidad, seremos los hijos de Dios. Incluso Dios dice: “El que venza ... será Mi hijo”. Finalmente, todos nosotros llegaremos a ser Sus hijos en plenitud. Cuando ese tiempo llegue, no seremos niños ni jóvenes, sino hijos en plena madurez. No seremos tan sólo los moradores de la Nueva Jerusalén, sino la Nueva Jerusalén misma. La Nueva Jerusalén será sencillamente la totalidad de los hijos de Dios.

Esta es la razón por la cual este mensaje se refiere a la filiación como el enfoque central de la economía de Dios. Esto es lo que Dios está haciendo en el universo hoy. Debido a que somos salvos, somos hijos de Dios; y debido a que somos hijos de Dios, somos aquellos en quienes Dios está operando y con quienes Él está trabajando, a fin de conformarnos absolutamente a la imagen de Cristo, y con el tiempo, glorificarnos. El día en que seamos glorificados, se nos quitará el velo, y nos manifestaremos como hijos de Dios. Entonces estaremos con el Señor Jesús por la eternidad como Sus hermanos y como los propios hijos de Dios. Debemos considerar los siete mensajes anteriores desde esta perspectiva. Si bien estos mensajes convergen en este punto, nos revelan la manera en que llegaremos a ser hijos de Dios en plenitud. En todo el universo, esto es lo que Dios desea obtener. Por la eternidad seremos hijos de Dios, y Él morará con nosotros y nosotros con Él. Él será nuestro Dios, y nosotros seremos Sus hijos.

Espero que todos los que estamos en el recobro del Señor permitamos que los mensajes anteriores dejen en nosotros una profunda impresión. Todos los aspectos de ellos fueron revelados de una forma maravillosa, pero no sólo con el propósito de que obtengamos algún conocimiento al respecto, sino sobre todo de que los experimentemos. Si hemos de ser aquellos que traigan al Señor de regreso, debemos convertirnos en la clase de personas que se describen en esos mensajes. Si el Señor no gana a tales personas, Él no puede regresar. A la postre, el recobro del Señor nunca alcanzará su culminación, a menos que el Señor obtenga esta clase de personas.

Al principio no entendía por qué el hermano Lee, después de concluir con el estudio-vida de la Biblia, empezó a compartir la serie de los estudios de cristalización. Sin embargo, ahora puedo testificar que al

llegar a los estudios de cristalización después de haber estudiado todos los mensajes del estudio-vida, logré entender la razón por la cual el hermano Lee sentía la carga de liberar los estudios de cristalización con respecto a todos y cada uno de los libros de la Biblia. Los mensajes del estudio de cristalización nos abren la economía de Dios de manera completa. Tengo la certeza de que los siete mensajes anteriores nos abrieron muchos asuntos concernientes a la economía de Dios de una forma sin precedente. Ahora que los hemos visto, continuemos avanzando en el recobro del Señor para que seamos lo que Dios desea obtener.

**LA ECONOMÍA ETERNA DE DIOS CONSISTE EN QUE ÉL MISMO SE IMPARTA EN SUS ESCOGIDOS PARA HACER DE ELLOS SUS HIJOS Y OBTENER ASÍ UNA EXPRESIÓN CORPORATIVA; LA FILIACIÓN ES EL ENFOQUE CENTRAL DE LA ECONOMÍA DE DIOS**

La economía eterna de Dios consiste en que Él mismo se imparta en Sus escogidos para hacer de ellos Sus hijos y obtener así una expresión corporativa; la filiación es el enfoque central de la economía de Dios (Gá. 4:4-7). Ahora en las iglesias nos ocupamos de la filiación. Todos somos hijos de Dios y, como tales, no debemos expresar a nuestros padres carnales; antes bien, debemos expresar a Dios. Cada iglesia debe ser la expresión corporativa del Dios Triuno. Hasta que la iglesia en su localidad llegue a ser una expresión viviente de Cristo al ser Cristo revelado en todos los santos, al vivir Él en ellos y al ser formado en ellos, y hasta que la iglesia local lleve esa expresión maravillosa y gloriosa de Cristo en cada uno de sus miembros, estaremos carentes de algo. Hoy en día debemos ocuparnos del crecimiento en vida, y gradualmente llegaremos a ser la expresión corporativa de la maravillosa y gloriosa filiación divina. Finalmente, tendremos la gloriosa, maravillosa y consumada expresión corporativa de la filiación por la eternidad.

**Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos, predestinándonos para filiación**

Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos, predestinándonos para filiación (Ef. 1:4-5). Él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, y en Su elección ordenó que fuésemos santos. En el universo hay una sola Persona que es santa. Nosotros somos santos debido a que participamos de la naturaleza divina (2 P. 1:4). Todos aquellos a quienes el Padre ha

escogido han participado de Su naturaleza divina, y es en esta naturaleza divina que somos santificados. Él nos escogió en Cristo para que fuéramos santos al predestinarnos para la filiación. Al recibir la filiación, fuimos hechos partícipes de la naturaleza divina. En el universo, únicamente la naturaleza divina es santa, porque sólo Dios es santo. Él es divino y sólo Él posee la naturaleza divina. Esta naturaleza divina nos hace santos. Mediante Su predestinación recibimos a esta persona maravillosa como nuestra vida, y esta vida nos introdujo en la filiación divina. Soy un hijo de mi padre carnal, no porque me haya comprado, sino porque nací de él, de su vida. Puesto que he nacido de su vida, participo en la filiación de mi padre.

Fuimos escogidos para ser santos al participar de la naturaleza divina. Dios es santo y Su naturaleza nos hace santos. Fue para esto que Él nos escogió, y al escogernos también nos predestinó para filiación. Adquirimos la filiación cuando nacimos de nuestro Padre, cuando recibimos Su vida. Ahora participamos de la filiación. Cuando nacimos de nuevo, recibimos la vida divina de Dios, es decir, la vida eterna. Romanos 8:10 dice que nuestro espíritu es vida. Debido a que nuestro espíritu sea vida, éste participa de la filiación. Al menos una parte de nuestro ser participa de la filiación: nuestro espíritu. Fue en nuestro espíritu que recibimos la vida divina, en el momento en que nacimos de Dios. Por haber nacido de Dios, fuimos introducidos en la filiación divina.

*Dios nos escogió para que fuésemos santos con el propósito de que llegásemos a ser hijos de Dios y así participásemos en la filiación divina.*

Dios nos escogió para que fuésemos santos con el propósito de que llegásemos a ser hijos de Dios y así participásemos en la filiación divina.

*El ser hechos santos —ser santificados por Dios al infundirse Él en nosotros y al mezclar Su naturaleza con nosotros— es el proceso, el procedimiento, mientras que ser hijos de Dios es el objetivo, la meta, y tiene que ver con que seamos unidos al Hijo de Dios y conformados a la imagen misma del Hijo primogénito de Dios*

El ser hechos santos —ser santificados por Dios al infundirse Él en nosotros y al mezclar Su naturaleza con nosotros— es el proceso, el

procedimiento, mientras que ser hijos de Dios es el objetivo, la meta, y tiene que ver con que seamos unidos al Hijo de Dios y conformados a la imagen misma del Hijo primogénito de Dios (Ro. 8:29; Col. 1:15). El ser hechos santos es un proceso, a saber, el proceso mediante el cual recibimos a Dios y Su naturaleza divina se mezcla con nosotros. Ser hechos santos es el proceso, el procedimiento, mientras que ser hechos hijos de Dios es el objetivo, la meta de la economía de Dios. Antes de la fundación del mundo, Dios nos escogió según Su presciencia y nos predestinó a todos nosotros para filiación. Dios tiene una meta maravillosa, un objetivo. Llegará el día en la Nueva Jerusalén cuando veremos a los muchos hijos de Dios que recibieron Su vida divina, que fueron regenerados, transformados y glorificados, y cuyo ser está inmerso por completo en la filiación divina. Este es nuestro destino, sólo que hoy todavía estamos en este proceso.

El proceso del cual hablamos es el proceso de la santificación, es decir, el proceso de ser hechos santos. Este es el proceso, pero no es el objetivo. En todos nosotros Dios está llevando a cabo una maravillosa santificación. Poco a poco, empezando con nuestro espíritu, continuando con nuestra alma y culminando con nuestro cuerpo, seremos plenamente santificados. Este es el proceso bajo el cual nos encontramos. A medida que este proceso se desarrolla, todo nuestro ser llega a ser hecho un hijo divino. Poco a poco somos hechos hijos. Esto empieza en nuestro espíritu. Cuando creímos en Cristo, le recibimos, ejercitamos nuestra fe y nacimos de nuevo, fuimos hechos hijos divinos en nuestro espíritu. En la actualidad somos hijos divinos en nuestro espíritu, pero si alguien viese un video de todos nuestros pensamientos, se daría cuenta de que en nuestra alma todavía no hemos sido hechos hijos de Dios en plenitud. No obstante, estoy convencido de que el Señor está ganando más cabida en nosotros, y que mediante este proceso todo nuestro ser está siendo introducido gradualmente en la filiación divina.

El mejor lugar para experimentar el proceso de ser hechos hijos divinos es en las iglesias locales del recobro del Señor. Ya sea América del Norte, América del Sur, Australia, Europa, Asia o África, el mejor lugar en el que Dios puede llevar a cabo este procedimiento es en las iglesias locales. Es en las iglesias locales del recobro del Señor donde Él está completando el proceso de hacer de nosotros hijos divinos en plenitud. Cuando vemos a los creyentes hoy, es difícil distinguirlos de la gente mundana. En los partidos de fútbol que se llevan a cabo los

domingos, todos se ven iguales. Un buen porcentaje de ellos, sin duda alguna, son cristianos, pero tenemos que admitir que, en términos generales, esos creyentes únicamente participan de la filiación en su espíritu. No han experimentado mucho de este procedimiento. Pero nosotros tenemos la esperanza de ser introducidos plenamente en la filiación. Día tras día y poco a poco la naturaleza divina se está mezclando con nosotros. Estamos siendo santificados e introducidos en la filiación, es decir, estamos siendo hechos hijos de Dios en plenitud.

**La santificación tiene como objetivo la filiación;  
el que Dios nos santifique equivale a que introduzca  
todo nuestro ser en la filiación,  
a fin de hacernos hijos de Dios en plenitud**

La santificación tiene como objetivo la filiación; el que Dios nos santifique equivale a que introduzca todo nuestro ser en la filiación, a fin de hacernos hijos de Dios en plenitud (He. 2:10-11; 1 Ts. 5:23). John Wesley predicó mucho en cuanto a la santificación, pero según su perspectiva y entendimiento, la santificación consistía en alcanzar una perfección en la cual no existía el pecado. Poco después de Wesley, el Señor levantó a otros, quienes llegaron a conocerse como la Asamblea de los Hermanos. Ellos nos abrieron mucho más de las verdades contenidas en la Biblia. Ellos señalaron lo errado que estaba John Wesley en su comprensión. La santificación no es una perfección libre del pecado, si fuera así, ninguno de nosotros podríamos llegar a ser santificados. Los Hermanos profundizaron en este tema y lograron comprender el aspecto de la santificación relacionado con la posición del creyente, según se revela en Mateo 23.

En el versículo 17 vemos que el oro era santificado al estar en el templo. Mientras estaba en el mundo, éste era oro común, no era santificado; pero cuando era llevado a la casa de Dios, se volvió santificado. Al cambiar de posición, era santificado. El versículo 19 también da un ejemplo al respecto mediante la ofrenda que estaba en el altar. En el altar se ofrecían vacas y bueyes, pero antes de ser ofrecidos éstos eran comunes al igual que el resto de los animales. Sin embargo, cuando cierta vaca era puesta sobre el altar, ésta era santificada, separada para Dios. Sufrió un cambio de posición, y tal cambio equivalió a su santificación. Algo que anteriormente era común, ahora era apartado para Dios.

Por medio de la sangre de Cristo se nos aplicó la redención para

que pudiéramos ser justificados y fuimos apartados para Dios, lo cual fue un cambio de posición (He. 13:12). Hoy en día estamos bajo un mejor y más glorioso aspecto de la santificación. No sólo hemos sido separados para Dios con respecto a nuestra posición, sino que venimos siendo saturados de Dios a fin de ser santificados en nuestra manera de ser. Esta santificación se lleva a cabo mediante la salvación orgánica en tres etapas para saturarnos con la naturaleza santa de Dios.

*El aspecto regenerador de la santificación se lleva a cabo en nuestro espíritu y produce muchos hijos de Dios para formar un organismo que expresa a Dios corporativamente; este organismo es el Cuerpo orgánico de Cristo, la iglesia*

El aspecto regenerador de la santificación se lleva a cabo en nuestro espíritu y produce muchos hijos de Dios para formar un organismo que expresa a Dios corporativamente; este organismo es el Cuerpo orgánico de Cristo: la iglesia (Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4; Gá. 3:26). Esta es la primera etapa de la santificación de nuestra manera de ser. Puesto que esta etapa se lleva a cabo en nuestro espíritu, se le llama el aspecto regenerador de la santificación. Mediante esta santificación nacimos de Dios en nuestro espíritu y fuimos producidos como los muchos hijos de Dios para formar un organismo que expresa a Dios corporativamente. Dios desea ser expresado, y nosotros fuimos introducidos en la filiación para ese mismo propósito. Nuestra entrada inicial en la filiación, mediante la regeneración, nos trajo a este proceso en el cual llegamos a ser la expresión corporativa de Dios, que es el Cuerpo de Cristo, la iglesia.

Fuimos introducidos en esta expresión maravillosa mediante el aspecto regenerador de la santificación. En este momento recibimos la vida y la naturaleza divinas y fuimos santificados en nuestro espíritu. Esta es la etapa inicial de la santificación, la santificación de nuestra forma de ser.

*El aspecto transformador de la santificación se lleva a cabo en nuestra alma y transforma a los creyentes regenerados al renovarlos y conformarlos a la gloriosa imagen de Cristo, para que ellos lleguen a ser una valiosa heredad, un tesoro para Dios, que es Su posesión personal*

El aspecto transformador de la santificación se lleva a cabo en nuestra alma y transforma a los creyentes regenerados al renovarlos y

conformarlos a la gloriosa imagen de Cristo, para que ellos lleguen a ser una valiosa heredad, un tesoro para Dios, Su posesión personal (Ro. 12:2; 2 Co. 3:18; Ro. 8:29; Ef. 1:11, 14, 18). El aspecto transformador de la santificación se lleva a cabo cuando el Espíritu se extiende a nuestra alma. Poco a poco somos santificados. Por el aspecto regenerador de la santificación fuimos santificados inicialmente en nuestro espíritu. El resto de nuestra vida hemos de experimentar el aspecto transformador de la santificación. Esta es la esfera en la que vivimos. Por supuesto, vivimos en nuestro espíritu, adoramos y servimos en nuestro espíritu a fin de que Dios pueda ser expresado. A medida que adoramos y servimos en el espíritu, y a medida que vivimos siendo un espíritu con el Señor, gradualmente, el Espíritu invade nuestra alma: nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad. El Espíritu divino, que inicialmente está en nuestro espíritu, invade, satura e impregna las tres partes de nuestra alma.

Mediante el aspecto transformador de la santificación, el Espíritu, que introdujo a nuestro espíritu en la filiación, ahora desea extenderse de nuestro espíritu a nuestra alma. Esta es la razón por la cual en el recobro del Señor se da tanto énfasis al orar-leer, a invocar el nombre del Señor, a asistir a las reuniones, a profetizar en las reuniones, a tener comunión unos con otros y a orar juntos. Es por medio de estas prácticas que el Señor poco a poco satura nuestra mente. Puedo testificar que mi mente hoy es muy diferente de cómo era en mi juventud. Además, por el hecho de estar en el Señor durante los años, mi parte emotiva es ahora diferente. Inclusive, puedo dar testimonio de que mi voluntad es ahora más sumisa a Su voluntad. Damos por sentado el hecho de que el Señor sabe que ninguno de nosotros ha alcanzado plena santificación; con todo, he observado que a través de los años muchos de entre nosotros han experimentado cierta medida del aspecto transformador de la santificación. Esto es realmente maravilloso.

Había un hermano que conocí en Dallas, el cual había sido regenerado, y en una ocasión que estábamos frente al local de reunión, me dijo que él podía fumar y disfrutar al Señor al mismo tiempo. Yo no le dije nada, pero dentro de mí pensé que de seguro eso no seguiría ocurriendo por mucho tiempo. Hoy día él ya no fuma. Nunca le pregunté la razón por la cual dejó de fumar, pero estoy convencido de que el Señor ha crecido en él. Gradualmente, el Señor se ha extendido a su alma, y aun a su cuerpo hasta cierta medida, pues dejó de fumar. En



esto consiste la transformación: el Señor penetró en su alma y quitó ese deseo de su mente, e incluso el deseo que había en su cuerpo por fumar. Este ejemplo es bastante vulgar, pero ejemplifica este punto.

Creo que todos hemos tenido tales experiencias en lo personal. Cuando venimos al Señor o cuando entramos al recobro del Señor, había ciertas cosas en nuestra mente, en nuestra voluntad y en nuestra parte emotiva que eran por completo del yo y no de Cristo. Pero poco a poco ciertos cambios han ocurrido en nosotros. He visto algunas familias que cuando entraron al recobro, el esposo y la esposa eran como gatos salvajes, pero hoy no hay pelea alguna entre ellos. Por el contrario, ellos disfrutaban juntos al Señor. Hay muchos casos como estos en el recobro del Señor hoy.

Aunque usted piense que no está pasando nada dentro de usted, si usted se alejara del recobro del Señor, seguramente echaría una mirada atrás y descubriría cuánto le estaba ocurriendo en realidad. Recientemente tuve una experiencia con un hermano que yo traje al recobro del Señor hace años. Él fue muy fiel durante unos quince años, y luego, en una de las rebeliones fue engañado y se alejó del recobro del Señor. Después de haber salido del recobro, primero dejó a su esposa. Posteriormente se juntó con otra mujer y vivió con ella por diez años. No sólo eso, sino que él se volvió católico. Finalmente, hace como una semana, falleció. Yo lo vi unos cinco días antes de que partiera para estar con el Señor. Yo sentía tanta pena por él. Él era uno a quien yo había traído al recobro del Señor, había orado con él y juntos habíamos leído las Escrituras, disfrutado al Señor, e incluso compartido cierta responsabilidad en la iglesia. Pero por causa de la rebelión, él se había apartado, y terminó yéndose el recobro. El verdaderamente prosperaba mientras estaba en el recobro. Vi cómo este hermano crecía poco a poco. Lo vi siendo transformado en el Señor y llegando a ser muy útil, pero luego él se desvió y fue arrastrado fuera del recobro del Señor

Recientemente, mientras estaba leyendo el libro de Apocalipsis, estuve pensando en las rebeliones que han ocurrido entre nosotros. Muchos fueron arrastrados fuera del recobro del Señor en 1978. Luego, muchos más fueron arrastrados fuera del recobro en 1987. Revisé de nuevo en la Palabra los eventos que conducen al Armagedón. El evangelio eterno será predicado durante la tribulación, y las naciones de la tierra serán traídas delante del Señor como ovejas y

cabritos. Allí serán juzgados conforme a la manera en que hayan tratado a los judíos y a los cristianos que sufran la persecución de parte del anticristo, y también según su respuesta para con el evangelio eterno. Aquellos que sean “los cabritos” serán echados al lago de fuego por haber seguido a Satanás en su rebelión. Todos aquellos que sean identificados como “ovejas” serán los ciudadanos durante el milenio, y aunque parezca increíble, mil años después muchos de ellos se unirán a la rebelión final. Después de dicha rebelión, toda la situación será esclarecida. Aunque ha habido muchas rebeliones en el recobro del Señor, yo sólo pasé por la de 1978 y la de 1987. En ambas ocasiones muchos fueron arrastrados, pero no tantos la segunda vez.

Finalmente la Nueva Jerusalén será producto de toda esa purificación. Muchos de nosotros pasamos a través de esas rebeliones, y fue a nosotros a quienes el Señor preservó. Fuimos probados de muchas maneras, pero alabamos al Señor porque aún estamos aquí. Algunos que son nuevos entre nosotros no han sido probados de la misma manera, pero con el tiempo han de ser probados. Cualquiera que sea el caso, no dejen el recobro del Señor. Puedo asegurarles que si ustedes abandonan el recobro del Señor, no habrá manera de que sigan experimentando el proceso de santificación en su ser interior. En lugar de ello, simplemente caerán en una situación deplorable. No conozco a ninguno que haya dejado el recobro del Señor y que hoy sea una persona muy espiritual. El proceso de santificación es llevado a cabo en el recobro del Señor. Es aquí donde cada día somos animados a acudir al Señor y a vivir por Él. Alabado sea el Señor por estos siete mensajes maravillosos anteriores. Ellos simplemente nos han animado a vivir a Cristo, a vivir por la unión orgánica. Morimos juntamente con Cristo, y ahora Cristo está viviendo en nosotros y está siendo formado en nosotros. Que el Señor tenga misericordia de todos nosotros.

Amo a ese hermano con el que estuve, e incluso nos tomamos unas fotografías juntos. Esto fue cinco días antes de que él partiera para estar con el Señor. Yo lo estaba abrazando en una de las fotografías. Le amé y le valoré como si fuera un tesoro. Él era como un hijo para mí, aunque yo era solo cuatro años mayor que él. No hay duda que él cometió un gran error. Él llegó a ser un hermano derrotado, y creo que hoy él sabe que cometió un gran error. Que el Señor jamás permita que nos apartemos de la santificación que nos transforma.

*El aspecto consumidor de la santificación  
e lleva a cabo en nuestro cuerpo,  
y transfigura el cuerpo de los creyentes  
al redimirlo e introducirlo en la gloria de Dios,  
para que ellos lleguen a ser plena  
y totalmente santificados en su espíritu, alma y cuerpo,  
a fin de constituir una entidad corporativa y consumada  
compuesta de los muchos hijos, los cuales han madurado  
en el Dios Triuno procesado, quien es la vida de ello  
a fin de que ellos sean la expresión de Dios,  
la Nueva Jerusalén, por la eternidad*

El aspecto consumidor de la santificación se lleva a cabo en nuestro cuerpo, y transfigura el cuerpo de los creyentes al redimirlo e introducirlo en la gloria de Dios, para que ellos lleguen a ser plena y totalmente santificados en su espíritu, alma y cuerpo, a fin de constituir una entidad corporativa y consumada compuesta de los muchos hijos, los cuales han madurado en el Dios Triuno procesado, quien es la vida de ellos a fin de que ellos sean la expresión de Dios, la Nueva Jerusalén, por la eternidad (Fil. 3:21; Ro. 8:23; Ap. 21:2, 7). Este es el aspecto orgánico de la santificación. Después de experimentar el aspecto jurídico, experimentamos la santificación orgánica. La santificación transformadora nos renueva, prepara y nos hace una valiosa heredad, un tesoro para Dios, que es Su posesión personal. No obstante, Dios aún quiere continuar el proceso hasta que nuestro cuerpo sea glorificado. Cuando nuestro cuerpo sea glorificado, el Espíritu habrá saturado plenamente todo nuestro ser. Nuestro espíritu, alma y cuerpo serán absolutamente Cristo, y seremos la expresión misma de Dios. Sin duda, hoy nuestro cuerpo es vil y está lleno de concupiscencias, debilidades y enfermedades. Tal es nuestro cuerpo, pero con el tiempo este cuerpo vil será saturado de la gloria de Dios. Entonces, en nuestro espíritu, alma y cuerpo seremos Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Nuestra vida cristiana comenzó con la vida y la naturaleza de Dios. Por esta naturaleza hemos sido santificados y aún lo estamos siendo santificados, y por esta vida estamos siendo hechos hijos de Dios en plenitud. Al permitir que esta vida y naturaleza penetre e impregne todas las partes de nuestro ser, llegaremos a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad.

**Somos hijos de Dios porque creímos  
y fuimos bautizados en Cristo, o sea, fuimos revestidos de Él,  
y, como resultado, todos somos uno en Cristo;  
esto es lo que significa entrar en Cristo, expresarle  
al vivirle a Él y practicar la vida de iglesia  
como el nuevo hombre, en la realidad de la filiación divina**

Somos hijos de Dios porque creímos y fuimos bautizados en Cristo, o sea, fuimos revestidos de Él, y, como resultado, todos somos uno en Cristo; esto es lo que significa entrar en Cristo, expresarle al vivirle a Él y practicar la vida de iglesia como el nuevo hombre, en la realidad de la filiación divina (Gá. 3:26-28). Hemos sido bautizados en Cristo y hemos entrado en Él, nos hemos revestido de Cristo a fin de expresarle al vivirle a Él, y somos uno con Cristo con miras a practicar la vida de iglesia como el nuevo hombre, en la realidad de la filiación divina. Esto se encuentra en Gálatas 3:26-28. Nuestro bautismo en Cristo indica la unión que disfrutamos con el Dios Triuno. Nuestro Cristo es el Dios Triuno. Mateo 28:19 dice que somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ser bautizados en el Dios Triuno es ser introducidos en una unión orgánica con Él. Gálatas 3:27 dice que fuimos bautizados en Cristo. Romanos 6:13 dice que hemos sido bautizados en la muerte de Cristo. Luego, 1 Corintios 12:13 dice que fuimos todos bautizados en el Cuerpo de Cristo. Hemos sido bautizados en el Dios Triuno, en Cristo, en Su muerte y en el Cuerpo de Cristo. Esta es la realidad de los hijos de Dios. Gálatas 3:26 declara: “Pues todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús”. El versículo 27 añade: “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. Esto es lo que sucedió cuando venimos a ser hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús. No sólo hemos sido bautizados en Cristo y revestidos de Cristo, sino que hemos llegado a ser uno en Cristo Jesús. El versículo 28 añade: “No hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo”. El haber sido introducidos en la filiación nos ha introducido en tal realidad divina. Hemos creído en Cristo, nos hemos revestido de Cristo, y ahora como el Nuevo hombre, somos absolutamente uno en Él. Somos los hijos de Dios. Experimentamos todos estos aspectos de manera tan rica y gloriosa porque somos los hijos de Dios. Poseemos la realidad de la filiación divina.

**LA REDENCIÓN JURÍDICA QUE CRISTO REALIZÓ NOS TRASLADA  
DE LA CUSTODIA DE LA LEY A LA FILIACIÓN DE DIOS,  
A FIN DE QUE DISFRUTEMOS DE SU SALVACIÓN ORGÁNICA,  
ESTO ES, DEL PROCESO MEDIANTE EL CUAL  
SOMOS HECHOS HIJOS DIVINOS;  
LA META DE LA OBRA REDENTORA DE CRISTO ES LA FILIACIÓN**

La redención jurídica que Cristo realizó nos traslada de la custodia de la ley a la filiación de Dios, a fin de que disfrutemos de Su salvación orgánica, esto es, del proceso mediante el cual somos hechos hijos divinos; la meta de la obra redentora de Cristo es la filiación (4:4-6; Ro. 5:10). Para obtener la filiación, primero tenemos que ser liberados de la custodia de la ley. Fuimos redimidos y rescatados de la custodia de la ley e introducidos a la filiación de Dios a fin de que disfrutáramos de Su salvación orgánica. A través de Su salvación orgánica experimentamos la santificación de nuestra forma de ser en sus tres etapas. Esta es la salvación orgánica que disfrutamos. Ya no estamos bajo la ley. Por medio de la obra redentora de Cristo, fuimos redimidos de la custodia de la ley. Nunca debemos volver a estar bajo la ley, antes bien, debemos permanecer en la realidad de la filiación divina. En esta filiación, hemos nacido de Dios, hemos experimentado el aspecto regenerador de la santificación. Ahora mismo estamos experimentando la santificación transformación transformadora y finalmente necesitamos experimentar el aspecto consumidor de la santificación. Nada de esto lo podemos experimentar estando bajo la ley. Por tanto, Cristo vino a poner fin a la ley para rescatarnos de la custodia de la ley e introducirnos en la filiación divina. Es en esta filiación que la economía de Dios puede ser llevada a cabo.

**Dios “envió a Su Hijo” para que nos  
redimiera jurídicamente, y “envió el Espíritu de Su Hijo”  
para que nos salvara orgánicamente**

Dios “envió a Su Hijo” para que nos redimiera jurídicamente, y “envió el Espíritu de Su Hijo” para que nos salvara orgánicamente (Gá. 4:4, 6; 3:13-14). La palabra “envió” es usada en Gálatas 4:4 así como en 4:6. Primero el Hijo fue enviado, y luego el Espíritu del Hijo fue enviado. El Hijo fue enviado para efectuar nuestra redención jurídica. Todos nosotros hemos experimentado la redención jurídica, pero Dios también envió el Espíritu de Su Hijo para salvarnos orgánicamente. Este Espíritu opera en nosotros para que podamos disfrutar de la

salvación orgánica, la cual es el proceso divino de hacernos hijos en plenitud.

*Dios, envió a Su Hijo, quien nació bajo la ley,  
a fin de redimir a los escogidos de Dios de la custodia de la ley,  
para que recibieran la filiación y llegaran a ser hijos de Dios*

Dios, envió a Su Hijo, quien nació bajo la ley, a fin de redimir a los escogidos de Dios de la custodia de la ley, para que recibieran la filiación y llegaran a ser hijos de Dios (3:23-24; 4:4-5).

*Dios envió el Espíritu de Su Hijo, el Espíritu de vida,  
para impartirnos Su vida junto con Su naturaleza,  
a fin de que llegásemos a ser hijos Suyos en realidad*

Dios envió el Espíritu de Su Hijo, el Espíritu de vida, para impartirnos Su vida junto con Su naturaleza, a fin de que llegásemos a ser hijos Suyos en realidad (Gá. 4:6; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4).

*El Espíritu del Hijo es otra forma del Hijo; al morir en la cruz,  
Él era Cristo, pero al entrar en nosotros, Él es el Espíritu*

El Espíritu del Hijo es otra forma del Hijo; al morir en la cruz, Él era Cristo, pero al entrar en nosotros, Él es el Espíritu (Jn. 1:14; 1 Co. 15:45). El Hijo fue enviado para efectuar nuestra redención jurídica. Al enviar Dios a Su Hijo, Él nos liberó de la custodia de la ley. No sólo nos redimió por medio del rociamiento de la sangre, sino que además nos regeneró en nuestro espíritu, para que Él pudiera morar en nuestro espíritu y hacer que nuestro espíritu naciera de Dios. El Hijo, Cristo, realizó la redención. Ahora como Espíritu Él está llevando a cabo la salvación orgánica. El Espíritu del Hijo es el Espíritu vivificante quien se ha mezclado a Sí mismo con nuestro espíritu. Ahora, poco a poco, Él está llevando a cabo la salvación orgánica al operar en nuestro ser para ganar nuestra alma y finalmente nuestro cuerpo. Mientras el Espíritu hace esto, imparte Su vida y Su naturaleza a todas las partes de nuestro ser. La impartición de Su vida y naturaleza nos hace hijos en realidad, no sólo hijos en nombre ni doctrina. Nosotros somos los muchos hermanos del Hijo primogénito y, como tales, somos exactamente iguales a Él. Ahora tenemos no sólo nuestra vida humana con nuestra naturaleza humana, sino también la vida divina con la naturaleza divina.

Mientras Él imparte esta vida y naturaleza en todas las partes de nuestro ser, nosotros llegamos a ser los hijos de Dios en realidad.

Somos los hijos de Dios y como tales poseemos la naturaleza de Dios, la cual está saturando e impregnando todo nuestro ser, lo cual nos santifica y nos hace tal como Él es a fin de que seamos Su expresión divina en este universo. Esto es lo que hemos recibido como hijos de Dios. Nuestra antigua vida y naturaleza humanas nos avergüenzan, pero la vida y la naturaleza divinas nos harán Dios en vida y naturaleza. Esto es lo que está sucediendo en todos nosotros. La vida y la naturaleza divinas que están en nuestro espíritu, se están esparciendo gradualmente en nuestro ser. Yo me observé esta semana y me comparé conmigo mismo en la semana pasada y me pareció que casi era el mismo. También los veo a ustedes comparándolos con lo que eran la semana pasada y aparentemente son casi los mismos. Pero cuando los veo y los comparo con lo que eran hace diez años, alabo al Señor. La medida en que ustedes han llegado a ser Dios en vida y naturaleza es mucho más de lo que fue hace diez años. Esto no se debe a nuestros dones, sino a nuestra fe. Nuestra fe a llegado a ser muy sólida. Yo creo no solamente porque tengo fe, sino por lo que veo en los santos que están en el recobro del Señor cada día. A diario nos encontramos a todos nosotros en este mismo proceso. La vida y la naturaleza divinas de Dios están siendo añadidas a nuestro ser.

**“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: “¡Abba, Padre!”**

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: “¡Abba, Padre!” (Gá. 4:6).

*Abba es una palabra aramea, y Padre es la traducción de la palabra griega Patér; la combinación del título arameo con el título griego expresa un afecto muy intenso cada vez que clamamos al Padre, lo cual implica una íntima relación en la esfera de vida entre un hijo verdadero y el padre que lo engendró*

Abba es una palabra aramea, y Padre es la traducción de la palabra griega Patér; la combinación del título arameo con el título griego expresa un afecto muy intenso cada vez que clamamos al Padre, lo cual implica una íntima relación en la esfera de vida entre un hijo verdadero y el padre que lo engendró (Mr. 14:36; He. 5:7; Lam. 3:55-56; cfr. Lc. 15:1, 20-24). En el huerto del Getsemaní el clamor y la oración de Jesús fue: “¡Abba, Padre!”. Ese fue un momento muy íntimo entre Él y

el Padre, así que Él sólo oró clamando: “¡Abba, Padre!”. Con frecuencia, en nuestras reuniones de la mesa del Señor, clamamos: “¡Abba, Padre!”. Nosotros simplemente adoramos al Padre con estas dos palabras. Estas palabras son tan significativas. Les animo, cuando estén solos o con otros, a clamar al Padre diciendo: “¡Abba, Padre!”. Al clamar: “¡Abba, Padre!”, experimentamos cierta intimidad. Clamar: “¡Abba, Padre!”, es algo que proviene de Dios. Yo disfrutaba mucho cuando mis hijos estaban pequeños y me llamaban “Papi”. Nadie me llamaba papi, únicamente mis hijos. Si ustedes tratan de llamarle a su suegro “Papi”, sentirán que no encaja. Aunque mi papá tiene cerca de ochenta y ocho años, aún puedo llamarlo “Papi”. Nosotros podemos usar este término tan íntimo: “¡Abba Padre!”, y simplemente respirar Su nombre. Podemos simplemente disfrutar este nombre. Nuestro Padre es tan maravilloso.

*El Espíritu del Hijo de Dios fue enviado a nuestros corazones; de hecho, fue en nuestro espíritu donde entró el Espíritu de Dios en el momento de nuestra regeneración, ya que nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón*

El Espíritu del Hijo de Dios fue enviado a nuestros corazones; de hecho, fue en nuestro espíritu donde entró el Espíritu de Dios en el momento de nuestra regeneración, ya que nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón (Jn. 3:6; Ro. 8:16), porque nuestro espíritu está escondido en nuestro corazón (1 P. 3:4). Gálatas 4:6 dice que Dios envió el Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones. En 1 Pedro 3:4 se dice que el espíritu es el hombre interior escondido en el corazón. Nosotros estamos compuestos de tres partes —nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo— pero nuestro corazón está compuesto de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad—, mas la conciencia, que es una parte de nuestro espíritu. El Espíritu del Hijo de Dios ha sido enviado no sólo a nuestro espíritu, sino a nuestro corazón. Originalmente, en el momento de nuestra regeneración, el Espíritu de Dios vino a nuestro espíritu, que es el hombre interior escondido en el corazón.

*Por una parte, nosotros, quienes hemos recibido un espíritu filial, clamamos en este espíritu: “¡Abba Padre!”; por otra, el Espíritu del Hijo de Dios clama en nuestro corazón: “¡Abba Padre!”*

Por una parte, nosotros, quienes hemos recibido un espíritu filial,

clamamos en este espíritu: “¡Abba Padre!” (Ro. 8:15); por otra, el Espíritu del Hijo de Dios clama en nuestro corazón: “¡Abba Padre!” (Gá. 4:6). En realidad, en nosotros hay un dueto clamando todo el tiempo. Cuando nosotros clamamos: “¡Abba Padre!”, el Hijo se une a nuestro clamor, diciendo: “¡Abba Padre!” Cuando el Hijo en nosotros clama: “¡Abba Padre!”, desde lo más profundo de nuestro ser respondemos y también clamamos: “¡Abba Padre!”. Esta es una expresión muy cariñosa para con el Padre. Amamos al Padre, así que le clamamos: “¡Abba Padre!”. Es muy significativo que el Hijo clame desde nuestro espíritu: “¡Abba Padre!”, y que nosotros clamemos en nuestro espíritu: “¡Abba Padre!”.

*Esto indica que nuestro espíritu regenerado  
y el Espíritu de Dios están mezclados  
como una sola entidad, y que nuestro espíritu  
está en nuestro corazón*

Esto indica que nuestro espíritu regenerado y el Espíritu de Dios están mezclados como una sola entidad (1 Co. 6:17), y que nuestro espíritu está en nuestro corazón.

*También indica que la filiación divina viene a ser real  
para nosotros por medio de lo que experimentamos  
subjetivamente en lo profundo de nuestro ser*

Esto también indica que la filiación divina viene a ser real para nosotros por medio de lo que experimentamos subjetivamente en lo profundo de nuestro ser (cfr. Mt. 5:3, 8). Debido a que el Espíritu de Dios ha entrado en nuestros corazones, en lo más profundo de nuestro ser, la filiación divina es hecha real para nosotros a través de nuestra experiencia subjetiva. Nosotros aprehendemos este hecho subjetivamente mucho mejor que objetivamente.

*Cuanto más clamamos: “¡Abba, Padre!”, en el espíritu,  
más crece en nuestro corazón el dulce e íntimo afecto  
que sentimos por el Padre*

Cuanto más clamamos: “¡Abba, Padre!”, en el espíritu, más crece en nuestro corazón el dulce e íntimo afecto que sentimos por nuestro Padre. Cuando clamamos: “Abba, Padre”, le amamos; nuestra mente es puesta en el Padre, y nuestra voluntad responde a Él.

*Cuando clamamos: “¡Abba, Padre!”, el Espíritu mismo  
da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos  
de Dios y de que, como tales, poseemos Su vida;  
tal testimonio también nos limita y nos restringe  
a vivir y andar según la vida de Dios,  
en conformidad con el hecho de que somos hijos de Dios*

Cuando clamamos: “¡Abba, Padre!”, el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y de que, como tales, poseemos Su vida; tal testimonio también nos limita y nos restringe a vivir y andar según la vida de Dios, en conformidad con el hecho de que somos hijos de Dios (Ro. 8:15-16).

**Puesto que somos hijos de Dios, somos también herederos  
que cumplen los requisitos para heredar los bienes del Padre,  
todas las riquezas que Él es para nosotros, por la eternidad**

Puesto que somos hijos de Dios, somos también herederos que cumplen los requisitos para heredar los bienes del Padre, todas las riquezas que Él es para nosotros, por la eternidad (4:13-14; 8:17; Gá. 3:29; Tit. 3:7). No sólo somos Sus hijos, sino que con el tiempo seremos también Sus herederos. Ahora mismo, para con mi padre terrenal, yo me considero simplemente su hijo. Él tiene ochenta y ocho años, y yo sé que llegará el día, espero que falte mucho, en el que él partirá para estar con el Señor. En ese tiempo, yo seguiré siendo su hijo, pero también seré su heredero. Junto con sus otros hijos, seré heredero de sus bienes. Así mismo, nosotros heredaremos los bienes del Padre, que consiste en todas las riquezas de lo que Él es para nosotros. Hemos empezado a disfrutar Sus riquezas en esta era, y las disfrutaremos plenamente a lo largo de la próxima era y por la eternidad. El Señor nos está introduciendo en la plena filiación, y finalmente, seremos los herederos.

**LA PREDICACIÓN DE PABLO TENÍA COMO FIN PRODUCIR  
EN LOS CREYENTES A CRISTO, EL HIJO DEL DIOS VIVIENTE;  
PABLO SUFRÍA DOLORES DE PARTO  
PARA QUE CRISTO FUESE FORMADO EN ELLOS Y ELLOS  
LLEGASEN A LA PLENA FILIACIÓN**

La predicación de Pablo tenía como fin producir en los creyentes a Cristo, el Hijo del Dios viviente; Pablo sufría dolores de parto para que Cristo fuese formado en ellos y ellos llegasen a la plena filiación (Gá. 4:19;

cfr. 1:15-16; 2:20). La filiación plena se obtendrá cuando hemos pasado por todo el proceso por el cual somos hechos hijos divinos: somos hechos hijos divinos en nuestro espíritu, en nuestra alma y en nuestro cuerpo. Entonces somos introducidos en la plena filiación.

**Si Cristo ha de ser formado en nosotros,  
debemos permitir que el Espíritu todo-inclusivo  
—quien es la bendición misma del evangelio—,  
se establezca en cada parte de nuestro ser interior,  
hasta que Cristo haya crecido plenamente en nosotros**

Si Cristo ha de ser formado en nosotros, debemos permitir que el Espíritu todo-inclusivo —quien es la bendición misma del evangelio—, se establezca en cada parte de nuestro ser interior, hasta que Cristo haya crecido plenamente en nosotros (3:14; Col. 2:19; Ef. 4:15-16).

**Es necesario que Cristo sea formado en nosotros para que  
podamos llegar a ser hijos mayores de edad y herederos  
de la bendición prometida por Dios,  
y para que maduremos en la filiación divina**

Es necesario que Cristo sea formado en nosotros para que podamos llegar a ser hijos mayores de edad y herederos de la bendición prometida por Dios, y para que maduremos en la filiación divina (He. 6:1a).

**Cristo es formado en nosotros  
con miras a que se edifique el Cuerpo de Cristo,  
lo cual culminará en la Nueva Jerusalén,  
la totalidad de la filiación divina, a fin de que se produzca  
la expresión corporativa del Dios Triuno**

Cristo es formado en nosotros con miras a que se edifique el Cuerpo de Cristo, lo cual culminará en la Nueva Jerusalén, la totalidad de la filiación divina, a fin de que se produzca la expresión corporativa del Dios Triuno (2:10; Ap. 21:7, 10-11). Mientras Cristo es formado en nosotros, disfrutamos la filiación con mayor intensidad, y gradualmente creceremos hasta alcanzar la plena madurez. Cada parte de nuestro ser será saturada de Cristo. Esto es ser maduros y esto es tener a Cristo formado en nosotros. Por consiguiente, seremos los hijos de Dios plenamente crecidos, con suficiente edad para ser Sus herederos. De acuerdo con nuestra experiencia, el hecho de ser Sus herederos no es solamente para el futuro. Hoy, mientras Él está siendo formado

en nosotros, mientras crecemos en Él, y mientras estamos siendo hechos hijos divinos, estamos llegando a ser Sus herederos y como tales disfrutamos a Dios el Padre con todo lo que Él es y todo lo que Él nos tiene preparado. Esto es lo que obtenemos y lo que somos como hijos de Dios. Dios está muy feliz. La filiación de la cual estamos disfrutando fue iniciada antes de la fundación del mundo. Dios en Su presciencia nos escogió para que fuéramos llenos de Su naturaleza divina, y nos predestinó para filiación, la cual se logra por medio de la impartición de Su vida. Esta es nuestra gloriosa realidad y también es nuestro destino. Somos hijos de Dios, estamos participando de la filiación y estamos en el proceso que nos hace Sus hijos en plenitud. Un día seremos la totalidad de la plena filiación en todo el universo. Entonces, todos juntos, como hijos de Dios, expresaremos a nuestro Padre por la eternidad. ¡Qué gloriosa filiación! Alabado sea el Señor por este enfoque central. Esta es la verdadera situación en la cual nos encontramos en el recobro del Señor.—B. P.